

Ali Smith

Una historia de amor

Traducción Raquel Rivas Rojas

Ali Smith nació en Inverness, Escocia, en 1962. Es una de las autoras británicas más reconocidas por la crítica y el público. Entre las características principales de su obra se encuentran el humor desenfadado, el estilo fresco y la atención al detalle, así como la aguda observación de la intimidad y la capacidad de contar historias lúcidas y originales en el espacio de lo cotidiano. Ha escrito cuentos, novelas, obras de teatro y letras de canciones. Es colaboradora permanente de varias publicaciones periódicas. Ha publicado cinco colecciones de cuentos: *Free Love and Other Stories* (1995), *Other Stories and Other Stories* (1999), *The Whole Story and Other Stories* (2003), *The First Person and Other Stories* (2008) y *Public library and Other Stories* (2015). Entre sus seis novelas publicadas hasta ahora se encuentran *Hotel World* (2001), ganadora del premio Encore, *The Accidental* (2005), galardonada con el prestigioso premio Whitbread y *How to be Both* (2014) que ganó el premio Baileys después de haber sido incluida entre las finalistas del Booker.

Raquel Rivas Rojas es escritora y traductora independiente. PhD en Estudios Culturales Latinoamericanos (King's College London, 2001). Ha publicado *El patio del vecino* (2013), *Narrar en dictadura* (2011) y *Bulla y buchiplumeo: masificación cultural y recepción letrada en la Venezuela gomecista* (2002). Vive actualmente en Edimburgo y mantiene dos blogs: Notas para Eliza y Cuentos de la Caldera Este.



CUÉNTAME UN CUENTO, te dije.

Bueno, me dijiste. ¿Algún tipo de historia en particular?

Te dije que me contaras una historia de amor, porque estábamos en la cama y era noviembre y la lluvia goteaba por una rendija del desagüe del techo y caía sobre los viejos periódicos amontonados en el balcón más allá de tu ventana y el viento soplaba furioso y hacía vibrar los cristales, la casa se estremecía y el mundo afuera estaba húmedo y frío, mostrando el primer golpe helado del invierno.

Bueno, me dijiste. Había una vez un niño que quería con toda su alma tener un perro.

¿Un niño y un perro? te dije. ¿Tiene que ser un niño? Las historias siempre son sobre niños y perros. ¿No puede ser una niña?

Sí, me dijiste, puede ser una niña; las verdaderas historias de amor son siempre intercambiables. Había una vez una niña que quería con toda su alma tener un perro. La verdad es que le hubiera gustado tener cualquier mascota, un pececito, un gato, un pájaro. Pero cualquiera de esos animales se quedaba corto frente a lo mucho que quería tener un perro.

¿Esta va a ser una de esas historias sentimentales? te dije. ¿Se va a morir el perro? Porque si se va a morir yo no quiero saberlo.

Mira, me dijiste, ¿quieres o no quieres que te cuente una historia? Decídetes. Y tienes que jurarme aquí y ahora que vas a aceptar la historia tal y como venga.

Está bien, está bien. La acepto, pero todo tiene un límite, te dije.

Bueno, me dijiste, aquí va. Había una vez una niña... etcétera perro. De verdad verdad quería tener un perro. Pero nunca llegó a tenerlo. Fin.

Eso no se puede llamar una historia de amor ¿no? te dije.

Claro que sí, me dijiste. Es una historia de amor no correspondido.

Pero, ¿por qué ella quería tanto tener un perro? te dije. ¿Por qué no llegó nunca a tener uno? ¿Cuáles fueron las consecuencias de que nunca sucediera eso en su vida? ¿Se murió sin haber tenido un perro? ¿Qué pasó?

No puedo responder a todas esas preguntas, me dijiste. Pero sí te puedo decir que durante todo el día la niña veía a las mascotas con sus dueños caminando por las ruinosas calles del pueblo industrial en el que vivía. Veía a los viejitos paseando con sus ancianos perros mofletudos o veía a los pequeños *terriers* amarillentos caminando a saltos detrás de sus amos y deteniéndose a olisquear en las esquinas de los jardines, en las cercas y los muros. Veía a los perros de harapientos vagabundos que usaban pañuelos en el cuello en vez de collares y que se portaban tan bien que no parecían necesitar nunca una correa, veía hombres bien vestidos con labradores color chocolate con las bocas abiertas llenas de espuma y los ojos saltones, y veía a los niños en el parque lanzando palos masticados a

furiosos *bull terriers* que aullaban de placer y saltaban tan alto como sus dueños. Parecía que todo el resto del mundo tenía perros menos ella.

¿Por qué no consiguió uno? ¿qué se lo impedía? te dije.

Exacto, me dijiste. Yo también me pregunto eso. Creo que era adicta a no tener perro. Se acostumbró a instalarse frente a las tiendas de mascotas y los consultorios de veterinarios. Cuando venía de regreso, pasaba frente a las casas ocultas en la penumbra del atardecer, con las ventanas iluminadas y las cortinas todavía abiertas, y veía a los perros echados a los pies de las parejas, o a los perros cuyos ladridos no era posible escuchar porque estaban encerrados tras vidrios reforzados, veía perros sentados en sofás, en butacas, con sus cabezas sobre las piernas de cariñosas amantes, veía perros echados boca arriba en las alfombras con las orejas y las patas colgando. Cuando llegaba a casa se iba a dormir y soñaba que era la protagonista de una película que vio una vez, que era amiga de un lobo en otro continente y que viajaba por el terreno áspero siguiendo los pasos del lobo que olfateaba el camino montañoso y atravesaba ríos llanos y rápidos, con la mano apretada sobre la piel húmeda del lomo. Fin.

Eso está muy bien, te digo. Pero ese no es el tipo de historia de amor que yo quería. Yo quería algo distinto.

¿Querías otro tipo de amor en tu historia? me dices.

Sí, te digo, y quiero una historia que sea de verdad una historia.

Una historia que de verdad sea una historia, me dices.

Una historia como es debido, te digo. Estábamos en enero, hacía menos veinte afuera, la tierra estaba congelada y muerta, y estábamos tratando de mantenernos calientes debajo de dos edredones y era tarde, o más bien, demasiado temprano. Las agujas fosforescentes del reloj marcaban las cuatro y media, nos habíamos despertado al mismo tiempo en el medio de la noche. Teníamos que ir a trabajar en la mañana, deberíamos estar durmiendo. Me envolví en tu voz.

Está bien, dijiste. Había una vez una niña que vio cómo su madre se quedaba dormida. Fin.

¿Eso es todo? te digo.

¿Qué más necesitas saber? me dices.

¿Me puedes decir algo más sobre sus vidas? te digo. (Me estaba empezando a impacientar tu técnica narrativa.)

Bueno, bueno, me dices. La niña tenía unos siete u ocho años, estaba jugando frente a la chimenea eléctrica. Pasaba los dedos sobre los falsos carbones por encima del fuego como si fueran los picos de altas colinas negras. Había descubierto que podía despegar los trozos de plástico, levantar los carbones falsos y ver los bombillos anaranjados que estaban debajo. Su madre le había explicado cómo funcionaban las

luces, cómo los bombillos se calentaban y enviaban las ondas de calor a través de los aros de acero, de manera que cuando se les ponía el plástico encima parecía como si el fuego pasara a través de los carbones falsos, como si fueran carbones de verdad. Hacía como que caminaba para arriba y para abajo con los dedos a través del fuego de mentira. Su madre se había dormido y la niña se acercó a la butaca. Su cara estaba al mismo nivel de la cara dormida de la madre y podía sentir su aliento. Podía ver la nariz y la boca de su madre moviéndose apenas al respirar. Sus ojos estaban cerrados y tenía todo el pelo sobre la cara y parecía como si de algún modo estuviera al mismo tiempo preocupada por algo y sonriendo por la misma razón.

Tu voz se detuvo. ¿Eso es todo? te dije.

No, me dijiste. Pero es el final de la primera parte. ¿Quieres que te cuente la segunda parte?

Sí, te dije.

La segunda parte sucede casi treinta años más tarde. Una mujer mayor se queda dormida en la casa de su hija, a quien ha ido a visitar. La hija abre la puerta para traerle una taza de té y encuentra a la mujer dormida en la silla con la cabeza echada a un lado y la expresión cambiada, realmente distinta, como si estuviera a punto de embarcarse en un viaje largo y difícil. La hija se sienta en la otra silla con la taza de té todavía en las manos. Había entrado con la cabeza llena de preguntas que quería hacerle a la madre, preguntas de cuando las dos eran más jóvenes, de cuando ella era niña, preguntas que ella sola no puede responder, cosas que necesita saber. Hace apenas un momento, el tiempo que lleva llenar de agua una taza, su madre estaba despierta, ocupada con el arreglo de las flores en el estante. Pero ahora la madre está tan profundamente dormida que ni siquiera ha escuchado a la hija abrir la puerta y entrar en la habitación. Hace un sonido con la garganta, como si tuviera algo de flema. Su brazo se ha caído hacia un lado y cuelga fuera de la silla, balanceándose un poco mientras su pecho sube y baja con la respiración. La hija se da cuenta de que el tiempo que pasa entre una respiración y otra parece muy largo. Levanta la taza y, antes de que se enfríe, se toma el té que era para su madre.

¿Supongo que ese es el fin de la historia? te digo después del silencio.

Pero entonces te escucho respirar y me doy cuenta de que te has dormido.

Boca arriba en la oscuridad comienzo a preocuparme por la señora que se va a morir mientras duerme, dejando a la hija sola. Me preocupo por la niña que juega tan cerca del fuego mientras la madre duerme. Vuelvo a la historia de la niña y el perro. Hago listas de razones por las que la niña no podía tener un perro. Tal vez era alérgica a los animales y si tuviera uno se hincharía como un balón y le sería imposible respirar con solo tocar la sustancia aceitosa que se esconde entre los pelos de un perro. O alguien en su familia, hace mucho tiempo, fue atacado

por un perro y murió. O, simplemente, en el edificio en el que vivía no aceptaban perros. Insistí en imaginar cuál sería el perro ideal para ella y me imaginé que al final lograba tener un perro. Después comencé a preocuparme por el hecho de que una vez que tuviera un perro dejaría de tener esos sueños maravillosos en los que se hace amiga de un lobo y el lobo soñado, demasiado domesticado para andar por su cuenta en el bosque y demasiado salvaje para aceptar otra compañía que no fuera la de la niña que amaba, se quedaría corriendo para arriba y para abajo por la orilla de un río tan hondo que no se atrevía a cruzar solo.

Las medias historias me perseguían. Quería saber más.

¿Medias historias? me dices. ¿Eso es lo que crees?

Era marzo y todavía estaba haciendo frío, aunque en ese momento los crocus brillaban bajo un sol claro y estrellado y en unas horas el árbol muerto que está detrás de las casas se llenaría de pájaros levantándose y volviéndose a posar y haciendo ruido.

¿Medias historias? me dices. Bueno, está bien. No, no, está muy bien. No me molesta. No. Pero no voy a contarte la próxima historia. Tú puedes contar la próxima historia. Toda la historia. Una historia como es debido. Dale. Estoy esperando.

Así que yo me encargo de contar la siguiente historia y mientras se va desarrollando me doy cuenta de lo emocionante que es saber más acerca de una historia de lo que antes sabías. No había entendido de verdad lo emocionante que era capturar tu atención de esa manera.

Fin, te dije.

Pero ese no puede ser el final, me dices. ¿De verdad eran hermanos? ¿Por qué él no quería ayudarla? ¿Por qué ella no se lo podía decir? ¿Cómo pueden dos personas quererse tanto sin saberlo? ¿Cómo pueden dos personas al mismo tiempo quererse y odiarse tanto? ¿Cómo pueden dos personas tener tantas cosas en común y luego nada? ¿Qué pasó cuando se hicieron viejos? ¿Se vieron otra vez? ¿Hubo algún momento en que dejaron de ser así?

Te volteaste hacia el otro lado de la cama cuando pensaste que me había dormido, y podía sentirte ahí al lado comiéndote las uñas, preguntándote qué le había pasado a la gente de la historia. Para mí no había misterio. Los personajes eran solo ficciones que yo había creado para ti, para intrigarte, y aunque lo había disfrutado, ahora que estábamos ahí en la cama y yo sentía que tu mente estaba en otra parte, deseaba darme el lujo de preguntarme también qué les había pasado.

Cuenta tú la próxima historia, te dije en el oído. Por favor.

No, tú, me dijiste. Tú cuéntala.

Pero logré convencerte, nos acomodamos entre las almohadas en la luz tenue de la madrugada. Estábamos en mayo y la luz comenzaba a aparecer como

a las tres de la mañana y en poco tiempo ya no habría oscuridad en toda la noche. Los pájaros cantaban y las hojas se movían en los árboles y la puerta de tu habitación estaba siempre abierta porque todas las puertas de la casa se deformaban con el calor del verano. Te echaste hacia atrás y comenzaste a contar una historia. Hubo una vez, dijiste, alguien que se había enamorado del cielo.

Sí, te dije, puedo ver el cielo explayándose mientras ella corre hacia él con los brazos abiertos, un azul infinito, viajando incansable alrededor del mundo con las nubes avanzando por debajo y nada más por encima de las nubes sino toda la luz. Te agarro la mano y cierro los ojos. Me la imagino ahorrando dinero para poder montarse en aviones desde los que se lanza al vacío en caída libre. Está enamorada del cielo, pienso, porque es la única cosa en la vida que siempre va a estar ahí, que nunca va a irse. Es posible que también quiera los árboles y que los abrace en el parque y le hable a los años y años que están contenidos en los anillos del tronco.

Todavía estabas hablando. Al final, estabas diciendo, su madre aceptó y vio qué bueno era todo y dejó de avergonzarse y los dejó vivir juntos, así que alquilaron un apartamento en Londres y se instalaron y fueron felices para siempre. Fin.

¿Quiénes se instalaron? te dije. ¿Quiénes vivieron juntos? No entiendo. ¿Cómo te puedes instalar en un apartamento con el cielo?

Me miraste *fijamente*, como si hubiera enloquecido.

A menos que el apartamento que alquiló estuviera en el último piso ¿fue eso lo que hizo? te dije. Entonces instaló inmensos tragaluces para poder ver el cielo todo el tiempo sobre ella.

Abriste la boca y me miraste como si yo estuviera hablando en un idioma que no podías entender. Me asusté. No sabía por qué me estabas mirando de esa manera. Pero entonces comenzaste a reírte. No *el cielo*, me dijiste. Había una vez un hombre que estaba enamorado de *un ciego*.

Me echaste broma por el malentendido hasta que nos cansamos de reírnos. Las cobijas cayeron al piso porque hacía calor. No hay nada de romántico en esa historia, te dije. Te conté mi versión de la chica enamorada del cielo. Es una historia demasiado romántica, me dijiste. Era julio y el aire en la habitación estaba quieto, pesado y perfumado de profundo verano. Vi cómo caía entre tus hombros una gota de sudor, sentí cómo el sudor bajaba por mi cuello y se asentaba en el centro de mi nuca, y entonces era septiembre y el aire se puso más frío y nítido, me incliné y recogí las cobijas para arroparnos.

Me contaste la historia del hombre que hizo volar un edificio porque estaba enamorado de una estrella de cine inalcanzable y la historia de la gente que adoraba una estatua tanto, tanto que cubrían sus pies de flores y la historia de la

maestra que estaba tan enamorada de una estudiante en su clase que le escribía poemas y los publicaba en revistas y la historia del dios que pasó una eternidad cuidando un huevo roto. Ya no me acuerdo qué historias te conté. Nos contamos una historia, turnándonos una línea tú y una yo, acerca de una persona enamorada de su propia imagen que encontraba en cada vitrina de las tiendas una forma de amor fundamental, como tú lo llamaste.

Tenía frío. Nos había rendido el cansancio. Nos metimos en la cama porque la calefacción se había apagado a las diez y media y estábamos tratando de ahorrar dinero dejándola apagada. Te metiste en mis brazos. Yo metí mis pies helados entre tus piernas para calentarlos.

Cuéntame un cuento, me dijiste.

Bueno, te dije. ¿Algún tipo de historia en particular?

Una historia de amor, me dijiste.

Así que me acurruqué en la cama que empezaba a calentarse despacio. Tu cabeza estaba recostada en mi hombro mientras yo intentaba pensar en el modo de contártelo. Pensé en cómo había andado en bicicleta en estos días usando una camisa que tú usabas hace diez años cuando te conocí. Pero no quería contarte eso, porque era algo que me producía un gusto que era sólo mío. Pensé en cómo me gustaba el modo en que abrías la puerta y te quedabas de pie en el umbral, recostándote un poco en el marco. Pero pensé que si te lo decía ibas a dejar de hacerlo. Pensé en cómo caminabas como un gato en la oscuridad recorriendo todos los cuartos de nuestra casa y en cómo me abrazabas de noche. Pero no quería que supieras eso, porque era algo que sólo yo quería saber sobre ti. Pensé en tu voz en la oscuridad. Cuando escuché por primera vez tu voz supe que me enamoraría de ti.

Pero no te dije nada de eso.

Hubo una vez una historia, te dije, que fue contada a través de otras muchas historias. Fin.

No dijiste nada. Te dije muy despacio al oído, ¿es suficiente?

Te escuché responder desde algún lugar muy cerca del sueño. Es más que suficiente, dijiste.

Tu mano caliente recorrió mi espalda y se metió entre mis piernas. Mi brazo te cubrió los hombros y te subió la cobija hasta el cuello. Era noviembre y un año se estaba terminando y otro venía ya en camino.

Hasta mañana, nos dijimos como todas las noches y me diste un beso tierno, esperanzado, feliz, aterrado, egoísta, fiel, tentador, sabio, apasionado, amoroso, silencioso y yo te devolví un beso exactamente igual.